

ARGENTINOS
CONTEMPORÁNEOS

ALDEA
LITERARIA

Si alguien te espera

LYDIA CARRERAS DE SOSA



**ALDEA
LITERARIA**

Si alguien te espera

LYDIA CARRERAS DE SOSA

Editora de la colección: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Azul de Fazio

Imagen de tapa: Istock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

**ALDEA
LITERARIA**

Carreras, Lydia

Si alguien te espera. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2015.

168 p. ; 20x14 cm. - (Aldea literaria)

ISBN 978-950-753-429-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2015

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-429-4

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Si alguien te espera

LYDIA CARRERAS DE SOSA

Como de costumbre, alrededor de las nueve de la noche, sentados a la mesa, los cuatro integrantes de la familia Censabella comentaban cómo les había ido durante el día.

—Hoy fuimos al salón de actos y nos hablaron sobre la inseguridad —anunció Juana—. Estuvo bueno, ¿cierto? —agregó dirigiéndose a Franco, su hermano de trece años, un año y medio mayor, muy alto, de pelo oscuro y ojos claros.

—Sí, bastante bien —contestó displicente.

—¿De salideras bancarias y motochorros? —preguntó Germán, su papá.

—Sí, y también de cuando te roban la mochila por la calle y eso —aclaró Franco.

—¿Participó toda la escuela? —se interesó Claudia, su mamá.

—No: quinto, sexto y séptimo grado nada más —dijo Juana—. También fue Priscila, la mamá de Donatella Ferrari, y explicó algunas cosas. Viste que es psicóloga o psicopedagoga, no sé bien... ¿Me puedo servir más papas?

—Priscila es psicóloga. ¿Qué dijo? —preguntó Germán alcanzándole la fuente.

Juana sacudió su pelo liso y rubio y miró hacia arriba, pensando.

—Que hace muchos años los chicos jugaban en la vereda y ahora ya no se puede porque los padres tienen miedo; y algunos iban a la escuela en colectivo o caminando. Solos. Solos —dijo—, ¿no, Franco?

—Sí. Y contó que antes los chicos dejaban las bicicletas en la puerta de la casa o en el jardín, por ejemplo, y nadie se las robaba, y que la gente en algunos pueblos chicos podía irse a dormir sin cerrar con llave la puerta de calle y no tenía miedo. Eso me parece raro —agregó arrugando la nariz—. ¿Cómo no vas a cerrar la puerta?

—Y la inseguridad hace que la gente tenga que ir al médico más seguido —acotó Juana.

—Les agarran alergias, les duele la cabeza o les sube la presión, pero en realidad todo es por el estrés —agregó Franco.

—Y que poner rejas y alarmas es una manera de protegerse pero no es la solución. Mamá —agregó la hermana cambiando repentinamente de tema—, ¿esto tiene cebolla?

—No, no tiene.

Juana frunció la nariz, apartó el bocado con el tenedor y continuó:

—Dijo que, aunque todos somos víctimas, los únicos que tienen la posibilidad de solucionar el problema son los gobernantes, los intendentes, la gente importante.

—Y que esos chicos que andan por la calle robando celulares —dijo Franco— son víctimas también, porque no tuvieron una infancia como la nuestra y sufrieron muchas necesidades.

—Eso me dio lástima —reflexionó Juana.

—Te dio lástima porque nunca te robaron el celular —retrucó su hermano—. La gente está cansada de que le roben. Y además, el discurso de la mamá de tu amiga no se lo cree nadie, nena —y extendió el vaso para que su papá le sirviera jugo.

—¿Por qué? Acordate de que dijo que la escuela es la solución porque cuando una persona se educa después crece, trabaja y no roba. ¿Para qué va a robar si tiene lo que necesita?

—Bueno, en eso no estoy de acuerdo. Hay gente que roba porque no le gusta trabajar, levantarse temprano, tener un jefe como tiene papi. ¿No, pa? —dijo Franco mirando a su padre—. ¿Vos qué decís cuando nos paramos en el semáforo del parque y se acerca esa nena con un trapito y te limpia el espejito? Dónde estarán los padres de esta nena, ¿no? Y bueno, capaz que están durmiendo en la casa o mirando cómo los pibes trabajan sentados en un banco del parque. Son unos vagos, pa. No todos, pero...

—Las dos situaciones son ciertas. Hay gente que roba porque tiene necesidades muy grandes, digamos para comer; y gente que nunca aprendió a trabajar, que no fue a la escuela, que nació en una familia donde no se les enseñó cómo se hacen las cosas, valores... en fin. Es un tema complejo. ¿Los chicos también hablaron? —preguntó Germán.

—Sí —dijo Juana—, después de que habló la mamá de Donatella, el director dijo que los que querían contar algo que les hubiera pasado, podían levantar la mano. En mi grado hay uno solo, Felipe Compostella, el colorado, el primero de la fila —aclaró para su hermano— al que nunca le robaron nada. Ni a él, ni a la familia. Nunca.

—Para mí, es mentira —desdeñó Franco—. ¿Dónde vive ese? ¿En un búnker?

—Para mí, también es mentira. Una chica de sexto contó que un día, cuando volvían de un cumpleaños, encontraron la casa vacía, pero va-cí-a, ¿me entendés? Hasta la tortuga les habían robado.

—Esa también es una exageración, seguro —se rio Claudia.

—Y Santiago contó que a su tía —dijo Juana—, esto fue muy divertido, escuchen, cuando salía del supermercado con dos bolsas, un muchacho por detrás le bajó los pantalones del *jogging* hasta las rodillas. La mujer se quedó en bombacha y soltó todo a los gritos, imagínense. Y después,

cuando llegó a la casa, dijo que, si sabía, se ponía una bombacha más nueva y que el ladrón se había llevado flor de sorpresa porque nada más había comprado comida para canarios. Nos reímos mucho, hasta la señorita Gabriela, que vieron que siempre está re-seria, bueno, ella también soltó la carcajada. Mamá —dijo cambiando de tema—, ¿me mentiste otra vez!

Juana levantó triunfante, en los dientes del tenedor, un innegable pedazo de cebolla y se dirigió a los hombres:

—¿Es cebolla o no es cebolla?

Franco y su papá miraron a Claudia, quien sonrió derrotada.

—Volviendo a la inseguridad, ¿ustedes contaron algo? —preguntó Germán.

—Sí —dijo Juana—, conté cuando nos pusieron la manguera por debajo de la puerta del frente y abrieron la canilla del jardín, pero se cansaron de esperar que nos despertáramos y se fueron.

—Me acuerdo perfectamente de ese día. Cuando saqué los pies de la cama, vi mis chinelas azules flotando. Fue horrible —dijo Claudia.

—Yo conté cuando a los tíos les robaron el auto en el supermercado —dijo Franco—. Y después me acordé de cuando a vos, papi, un tipo te manoteó el reloj en un semáforo y vos le metiste una trompada sin salir del auto. Ah... y de la vez que me robaron las zapatillas y la campera y el señor que estaba mirando en la vereda no hizo nada.

—Nos olvidamos de cuando se robaron la bicicleta de entrenar del abuelo, esa que bajaron del balcón. Bueno, no importa, lo podemos escribir —dijo Juana.

—¿Tienen que hacer una redacción?

—Algo así. La mamá de Donatella nos pidió que contáramos nuestras experiencias por escrito y que pensáramos qué haríamos si fuéramos gobernantes. La consigna es proponer soluciones. Las vamos a publicar en el diario del colegio.

—Me parece muy interesante que hablen de esto —comentó Germán.